MARCHA

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

ANGEL RAMA

arquitectos de Macondo

EN *Cien años de soledad* hay un viejo sacerdote que sueña con edificar en Macondo una catedral más grande que San Pedro en Roma para que el mundo entero deba peregrinar a un insignificante pueblecito sudamericano. Como toda América Latina es Macondo, no me sorprende descubrir en plena ciudad de Guatemala el mismo proyecto dinosáurico, aunque ya no aplicado a la ascética vida religiosa sino a la turbulenta vida teatral. Aquí, en una colina metida dentro de la ciudad, hace una década que se está construyendo el teatro más portentoso del mundo, sin que los propios guatemaltecos lo sepan. Mientras asciendo a la colina de acceso prohibido todavía y cercada por la empresa constructora de esta obra infinita, mi Virgilio me va contando la historia.

El proyecto se remonta a la presidencia de Arévalo, por 1952, quien aprobó una ley destinando el 10 por ciento de los premios de la Lotería Nacional a la construcción de un teatro. Esa ley nunca se puso en práctica, las cantidades nunca fueron vertidas por el Tesoro y sólo resurgió, casi una década después, bajo la presidencia del patriarca "Idígoras", uno de esos señores-presidentes que con su anecdotario colmó tanto la vida nacional como la literatura del subdesarrollo. Idígoras amaba el teatro desde una juventud situada a comienzos del siglo XX: gustaba de la pompa escénica y seguramente adoraba la parafernalia operática. No disponer de un gran teatro donde celebrar los fastos de la república y los suyos propios le era insoportable. Es sabido que, habiendo sido acusado de semilidad y de consiguiente incapacidad para el gobierno del país, concurrió a la televisión nacional: frente a sus cámaras se puso a saltar a la cuerda para demostrar que a pesar de sus setenta era ágil y fuerte, sin contar su disposición al permanente regocijo de sus compatriotas. Con tal amor por el espectáculo se comprende que no se limitara a entregar lo adeudado desde el gobierno de Arévalo, sino que aprobara un proyecto más dinosáurico si cabe: la creación del "Centro Cultural de la Ciudad de Guatemala", que, como el Lincoln Center de Nueva York reuniría teatros al aire libre, salas suntuosas, estudios de televisión, escuelas de arte, galerías, etcétera, todo en pleno centro de la ciudad, sobre un bello cerro donde se conserva un viejo fuerte ahora transformado en Museo Histórico. El proyecto, obra del arquitecto Miguel Vinicius Asturias (sobrino del novelista y muerto poco después en un accidente), fue trazado a la escala macondiana con que sueñan las repúblicas latinoamericanas para vencer viejas humillaciones infligidas por los extranjeros, y se comenzó por 1962.

Cuando llego al lugar de los hechos y observo la inmensa mole de cemento armado hundida en la colina, lo comprendo todo: se trata de una versión ampliada y mejorada del famoso Teatro Total de Walter Gropius con el cual sueñan los directores teatrales y los arquitectos desde hace casi cuarenta años, desde que Gropius lo diseñó y Piscator se murió de amor por la *maquette* y que al fin comenzó a hacerse realidad, no en Nueva York o en Moscú, no, sino en Ciudad de Guatemala. Aquí están las fundamentaciones y los inmensos gatos que pueden hacer desaparecer súbitamente el foso con toda la orquesta en medio minuto y está la platea movible que puede transformar repentinamente al escenario de frontal en semicircular, o trasladar al público disponiéndolo a la contemplación de una "arena". Y están las instalaciones que mueven el inmenso escenario giratorio con el agregado de cinco carros gigantes que autorizan cambios de decorados en segundos. Todo pronto para instalar una maquinaria que tenga capacidad y permita levantar desde las profundidades y colocar sobre el escenario a los diez elefantes vivos necesarios para la representación de *Aida* con que soñaba Idígoras. Casi dos millones de dólares se han invertido en esta monumental infraestructura y se dice que ocho más serán necesarios para levantar el resto de la mole, aunque es posible que nunca se levante el telón sobre la "Marcha triunfal" de *Aida* y desde luego no la verá Idígoras, que tomó el camino del exilio no bien puesta la piedra fundamental del edificio.

Mientras se sucedían los años sin conseguir fondos para continuar la obra, otro joven arquitecto fue capaz de construir, en sólo cinco años, un pequeño teatro al aire libre situado sobre la misma colina, entre el Museo Histórico cuyos muros sirven de fondo al pequeño escenario y el macrocefálico Teatro Nacional. Se trata de Efraín Recinos, que tiene hoy cuarenta años y que por lo tanto tenía sólo treinta cuando le dieron carta blanca y medio millón de dólares para construir su teatrito descubierto. Efraín Recinos no es menos delirante que los demás proyectistas macondinos del centro cultural, pero su delirio toma la forma de una auténtica creación artística, encabalgado sobre la arquitectura y la escultura a modo de un Gaudí de la Hispanoamérica subdesarrollada, pero que hubiera vivido en la época de los vuelos espaciales y los "comics" que cuentan las civilizaciones de la nebulosa de Andrómeda, y que además hubiera pertenecido a una cultura donde a través del rostro hispánico dominante se transparentaran las imágenes de una cultura maya que no cesa.

Nacido en Quetzaltenango, ombligo de la zona indígena guatemalteca, diplomado de ingeniero y arquitecto por la Universidad de San Carlos, consagrado con igual pasión y autodidaccia a la pintura, la escultura, el dibujo y también a la música, el cine y el deporte, Recinos ha coleccionado premios en todas esas actividades así como en arquitectura y en una década ha acumulado tantas obras como si él fuera un equipo plural. A breve plazo en la Ciudad de Guatemala comenzará a aparecer el Museo Recinos, o sea un conjunto de formas abstractas, blancas y tridimensionales, que se suceden sobre los muros a modo de altorrelieves, siguiendo un ritmo confuso donde esos volúmenes estilizados tan característicos de los arquitectos que invaden las artes plásticas, alternan con series de formas fantasmagóricas que bajo un rigor matemático no dejan de esconder alusiones zoológicas. Que todas estas creaciones aspiran a equilibrar fuerzas antitéticas lo vio bien Lionel Méndez Dávila que en un estudio sobre Recinos habla de "paganismo licencioso y religiosidad ascética", de un arte "vital aun cuando pueda lucir irresponsable y almibarado" y llega a la conclusión de que "el Bien y el Mal se prestan los ojos para verse un rato cada uno a través del mundo de Recinos".

Lo que el espectador ingenuo tiene delante es un conjunto de formas donde los asientos como huevos partidos alternan con balconcitos ovoides, enormes paredes circulares abrigan el crecimiento de un árbol solitario, arrogantes cabinas aerodinámicas se levantan como guerreros del futuro, los muros ondulan en rítmicas sucesiones de variadísimos ornamentos, todo ello construido en cemento acumulando todas las posibles formas de la geometría del espacio, al punto que estos muros parecen pizarrones con fórmulas desarrolladas para los estudiantes de arquitectura. Son el texto de una escritura extraterrestre a base de volúmenes, que sin duda significó la tortura de los maestros carpinteros que construyeron el encofrado.

El teatro en sí es, como todos, ni más ni menos, una platea inclinada y un pequeño escenario contra el muro del Museo; pero su envase arde y vibra a medio camino entre la selva tropical y las antinaturales construcciones de un mundo de marcianos. Pero a la vez hay una América Latina, cruda, esencial, barroca, retorcidamente indígena y europea, escrita sobre estos muros, tan auténtica y originalmente resuelta como las aventuras de los Buendía en el pueblecito de Macondo.